

Copyright © 2026

Editorial Lumbre. Proyecto autogestivo de la
Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
Plantel San Lorenzo Tezonco.

Producción editorial del Laboratorio de Comunicación Gráfica
del Plantel San Lorenzo Tezonco

Equipo editor: Indomitas
Edición: Isamar Diseño y formación: Berenice.
Producción: Fernanda Distribución: Ángeles
Recursos digitales: Mariana
Primera edición marzo 2026

Impreso en México

Esta es una obra de *copyright*, sólo puede ser reproducida si se da claramente el crédito a las autoras y autores, a la Editorial Lumbre y si se publica también bajo licencia de *copyright*. Lo contrario es una violación del principio de colaboración y de libre circulación de las ideas.

ANATOMÍA DEL DESEO

Antología de cuentos
eróticos

LOGO
LUMBRE

Índice

El miron del callejon

Presentación

La literatura erótica ha sido, a lo largo del tiempo, un espacio de exploración estética y reflexiva sobre la intimidad, el deseo y las múltiples formas de relación entre los individuos. Lejos de limitarse a la representación del cuerpo, este género permite indagar en emociones, tensiones y experiencias que forman parte de la condición humana.

La presente antología reúne una selección de cuentos escritos por estudiantes de Creación Literaria de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, plantel San Lorenzo Tezonco. A través de diversas propuestas narrativas, las autoras exploran el erotismo desde perspectivas distintas, transitando entre lo cotidiano, lo simbólico y lo imaginario.

Los textos aquí reunidos evidencian la escritura como un ejercicio de búsqueda y experimentación, donde la sensibilidad individual se une con la construcción literaria del deseo. Esta antología busca ofrecer al lector un acercamiento a la narrativa erótica contemporánea, reconociendo en ella un espacio legítimo de expresión artística.



Momentos complicados

Fátima Petronila Amador Ochoa

Ahí vas nuevamente, caminas sin prisa. La ciudad, a esta hora, parece un susurro: las calles vacías, los comercios cerrados, los pájaros en silencio. Sólo una que otra carreta cruje sobre el empedrado; su madera suena como si se quejara al paso. Esa combinación de belleza y lamento te gusta: te parece sensual, como una promesa que no se nombra.

La tarde está más hermosa de lo habitual. Sientes que cada sombra tiene un tono más profundo, que el aire pesa distinto. Avanzas hacia tu sitio de siempre; al llegar, saludas con un gesto al mesero. Él te conoce.

—¿Lo de siempre? —te pregunta el joven.

—Sí —respondes—. Pero esta vez quiero ese pastel de chocolate que vi al entrar.

Das unos cuantos pasos hasta llegar a tu lugar favorito, retiras la silla con cuidado, te acomodas de espaldas a la pared como siempre, porque te gusta mirar hacia la entrada. Pero simplemente es la seguridad de observar sin temor desde ese lugar. Dices que es por táctica, pero en el fondo sabes que es por ese deseo que siempre contienen. Abres tu libro, esperas el café y observas.

Cuando el mesero regresa con la bandeja, unas risas cortan el aire. Levantas la vista: acaba de entrar una pareja. Ellos se sientan enfrente de tu mesa, no demasiado cerca, pero sí lo suficiente para inquietar tu mirada. No sabes si son turistas o si viven por aquí; nunca los has visto.

Sus cuerpos son tan firmes que podrías dibujarlos sin mirar; la piel canela marrón claro parece brillar bajo la tenue luz de la

tarde. Ellos se miran, se rozan los dedos con la punta de la lengua; después él le muerde el lóbulo, ella cierra los ojos. Ellos viven en total libertad, nada de pensar que el hombre tiene más posibilidad, mientras que la mujer está más esclavizada y que sólo la desgracia las comprende; aquí eso no cabe.

Ella no es de por aquí. Te fijas en sus labios que son bellos, carnosos y de una humedad casi oceánica. Ella ríe sin mucho ruido, como si disfrutara de esa lengua intrusa que le hurga en la oreja. Piensas que tú podrías responder a eso con todo tu ser, lejos de esa inocencia moral que tanto te frena, por esos infundios de la razón.

Te los imaginas desnudos, pero al punto te ruborizas porque te das cuenta de que es una idea terrible, intolerable; por eso le das vuelta al pensamiento queriendo apartarlo, pero no puedes. Entonces piensas en la decadencia; sin embargo, muy dentro de ti sabes que les queda mucho tiempo para que comiencen a odiar sus cuerpos.

Miras de reajo cómo ella se ve obligada a tomar un atajo que lo detenga. Observas aquellas manos delgadas, moviéndose con delicadeza ligera, subir por la cuesta de aquellos muslos vigorosos. Notas que ella es la que toma las grandes decisiones en momentos complicados. Ella te mira fijamente a los ojos y su sonrisa es tan luminosa como la mañana.

Tú te sientes un poco confundido, tomas la cuchara y cortas un trozo de pastel. En tu boca, la textura se derrite como si reconociera tu deseo. Frutos secos, sal, un toque de caramelo tostado. Piensas en ellos, mientras en tu garganta aquel trozo de pastel te sabe cómo si te estuvieras tragando el mundo. Los ves sin mirarlos directamente. Sabes que se acarician sin pudor, con la tranquila seguridad de los que se desean sin miedo.

Otro bocado más intenso, más dulce y amargo. No abres los ojos, pero los sientes. Están ahí. Respiran, se rozan, hacen que el aire del lugar se vuelva espeso. Presionas el chocolate contra el paladar, gimes apenas, como si la lengua y el deseo se fundieran en un solo acto. Quisieras que te tocaran así, te gustaría tocar

como ellos y que todo durara un poco más, pero no.

Cuando por fin abres los ojos, el plato está vacío. El café tibio. Ellos se levantan, salen tomados de la mano, satisfechos, seguros, no miran atrás. Tú aguardas un instante más; aún flota el aroma a chocolate y a piel, a deseo contenido. La tarde sigue ahí, ajena, bella como si no hubiera pasado nada. Te sientes incapaz de ver la hora, sabes que algo pasó y lo llevas en la boca.

Fátima Amador estudia Creación Literaria en la UACM, San Lorenzo Tezonco. No explica lo que escribe, a veces le falla el sentido; sin embargo, continúa intentándolo.



El lienzo del deseo

Britany Jaquelin Villegas Serralde

El estudio de Leonor olía a una mezcla embriagadora de lino húmedo. La luz del atardecer entraba filtrada por los ventanales altos, tiñéndolo todo de un dorado opaco. Frente a ella, sobre la tarima de madera, estaba Andrés.

No era la primera vez que posaba, pero esa tarde la atmósfera se sentía distinta. Leonor se quedó de pie, con los brazos cruzados, recorriéndolo con una mirada que Andrés sintió casi como una caricia física.

—No te muevas —susurró ella, aunque él estaba tan inmóvil como una estatua de mármol.

Leonor se acercó a él para verlo detenidamente. Se detuvo a escasos centímetros de su espalda. Podía sentir el calor que emanaba de su piel. Observó la forma en que los músculos de sus escápulas se tensaban bajo el esfuerzo de la quietud y cómo una pequeña cicatriz cerca de su columna interrumpía la perfección de la línea.

—¿En qué piensas cuando me miras así? —preguntó Andrés, con la voz grave, rompiendo el silencio.

—En que no eres solo piel y hueso —respondió ella, rodeándolo lentamente—. Pienso en la resistencia de tus fibras, en cómo la luz se rinde en el hueco de tu cuello y en lo difícil que es capturar el ritmo de tu respiración.

Leonor levantó la mano. Sus dedos se detuvieron a milímetros de su pecho, trazando en el aire el contorno de sus pectorales. Andrés cerró los ojos, estremeciéndose ante la cercanía de ese contacto que no terminaba de producirse. La tensión en la habitación era un hilo de

seda a punto de romperse. Leonor regresó al lienzo y tomó un carboncillo. “Quiero ver cómo se siente esa línea de sombra que baja por su abdomen”, pensó. Sintió un calor súbito en el vientre. “No quiero dibujarla, quiero recorrerla con la yema de mis dedos”, pensó, mientras que, por la intensidad del deseo, la punta del carboncillo terminó por quebrarse sobre el papel.

—Te estás moviendo, Andrés —mintió ella con voz ronca, levantando el carboncillo. —Es difícil estar quieto cuando me miras así —respondió él, sin apartar los ojos de los de ella.

Continuó pintando; se concentró en las manos de Andrés. Eran manos grandes, con dedos largos y nudillos marcados; una mezcla de fuerza y una delicadeza latente que la hacía

estremecerse. Mientras deslizaba el carboncillo sobre el papel para capturar la curva del pulgar, un pensamiento intrusivo y punzante la asaltó, humedeciendo sus labios: ¿Cómo se sentirían esas manos rodeando mi cintura? ¿Tendrían la misma firmeza que muestran ahora o se volverían urgentes, desesperadas por encontrar mi piel debajo de esta ropa?

Leonor se acercó nuevamente a la tarima, quedando justo frente a él. Sus manos, negras por el polvo del grafito, contrastaban con la palidez de sus propias palmas. Tomó una de las manos de Andrés entre las suyas.

—Tus manos... —murmuró, frotando su pulgar manchado contra el dorso de la mano de él—. He intentado entender su estructura, pero el papel es demasiado plano para la realidad de tu fuerza.

Empezó a acariciar la mano de Andrés con sus propios dedos, con movimientos lentos y circulares. Fue cubriendo la piel de él con el polvillo gris, como si estuviera tatuándolo con su deseo. El contacto era eléctrico; la suavidad de las yemas de Leonor, cargadas de ese polvo mineral, creaba una fricción suave. El aire en el estudio se había vuelto denso. Andrés no aguantó más el papel de observador pasivo. Su otra mano subió hasta la nuca de Leonor, hundiéndose en su cabello. Ella levantó la cabeza para

mirarlo a los ojos.

Sus miradas se anclaron; sus manos manchadas subieron por los brazos de Andrés, dejando dos surcos oscuros sobre sus bíceps tensos. Él la atrajo hacia sí, rompiendo la última frontera. El diván de terciopelo los recibió mientras la última luz del día moría, dejando que el tacto fuera el único sentido.

El torso de Andrés, cubierto por un mapa de sombras y caricias, había quedado marcado por la esencia de ella. “Es esto”, pensó Leonor mientras sentía el peso de él sobre ella. “Esto es lo que el papel nunca pudo atrapar: la temperatura de la sombra, el peso real del deseo”, pensó. El tiempo pareció detenerse como un cuadro congelado. Leonor hundió sus dedos en los hombros de él, dejando las últimas huellas oscuras de su técnica sobre su piel ardiente. El grafito se mezcló con la humedad de sus cuerpos, creando un tono profundo y brillante. Poco a poco, la respiración agitada fue lo único que quedó en el estudio.

Se quedaron allí, envueltos en la penumbra, dos cuerpos manchados de arte y urgencia. Leonor pasó su dedo sucio de grafito por la mejilla de Andrés, retirando un mechón de pelo y observando cómo su propia marca oscura destacaba en el rostro de él como una firma irrevocable.

Él la miró, observando su belleza y procesando la intensidad de lo ocurrido. —No creo ser capaz de pintar algo después de haberlo sentido todo. O sí, simplemente me conformaré con la memoria de tus sombras sobre mi piel —dijo ella.

Andrés se incorporó en el diván, rodeado de telas desordenadas, sin saber si aquello era el final de una sesión o el comienzo de algo que ningún lienzo podría jamás contener.

Britany Serralde estudia Creación Literaria en el plantel San Lorenzo Tezonco. Ella cree que el arte de escribir es la llave para abrir puertas a realidades que solo ella se atreve a soñar.



El festín de la bestia

Britany Jaquelin Villegas Serralde

Lo conocí en el salón principal de aquel palacio de mármol negro donde se celebraba el baile de los instintos, bajo la luz de mil velas de cera de abeja que goteaban como lágrimas doradas sobre los candelabros de plata. La orquesta tocaba un vals lento, una melodía de violines.

Entre el anonimato de las máscaras, su presencia era una anomalía. Ahí estaba él, tras una cortina de terciopelo carmesí, con una máscara de cuero negro que imitaba las facciones de un lobo. Al tomar mi mano para iniciar el vals, un calor súbito me recorrió la espina dorsal. Sus manos eran inmensas, pobladas de un vello espeso y oscuro, rudas como las de una criatura del bosque bajo los puños de encaje de su camisa.

—Debo marcharme —susurró con una voz que estremeció mi cuerpo—. Pero este baile no ha terminado.

Me entregó una tarjeta dorada con una dirección y se desvaneció entre la multitud. Horas después, la intriga hizo que fuera allá. Recordar su presencia me hacía arder las mejillas. En cuanto llegué al lugar, entré sin llamar; la puerta estaba entreabierta. Sobre un recibidor se encontraba una rosa roja y una nota que decía: Ponte cómoda.

Este misterio despertaba en mí un deseo por saber quién estaba detrás de esa máscara, así que fui a una habitación, despojé mi vestido de gala frente al espejo, dejando que cayera al suelo. Mis propias manos imitaron el camino que deseaba que él recorriera, desde el cuello, descendiendo lentamente hacia mis pechos, cuyos pezones ya buscaban el aire frío.

Cerré los ojos imaginando su tacto rudo. Entonces, el sonido seco de una puerta al cerrarse me hizo dar un salto; contuve la respiración. De pronto, sentí una exhalación pesada y caliente sobre mi nuca. Aquellas manos bestiales rodearon mi cintura, enterrando los dedos en la suavidad de mis caderas con una posesividad que me dejó sin aliento. No abrí los ojos; el deseo era un abismo.

Su dureza contra mis glúteos era una promesa de placer voraz. Se deshizo de sus ropas con una urgencia animal. Me mordió el cuello, justo donde late la vida, y su lengua recorrió mi hombro mientras sus manos me reclamaban con una destreza salvaje.

Me giró hacia él. No fue un movimiento gentil, sino ávido. Mis piernas rodearon su torso con una facilidad instintiva, mis muslos se apretaron contra sus caderas y mis uñas se clavaron en la inmensidad de su espalda, perdiéndose en el vello espeso que cubría cada músculo. Él gruñó: un sonido grave que vibró contra mi vientre en la penumbra, que solo la luz lechosa de la luna se atrevía a romper a través del ventanal. Me cargó sin esfuerzo hasta la cama, donde me arrojó con una fuerza que me dejó sin aliento, pero ansiosa. Mis pezones, ya hinchados y duros por el deseo, se erizaron aún más al sentir el roce de las sábanas frías contra mi piel húmeda.

Se posó sobre mí. La escasa luz hacía notar su barba, que ahora se hundía en el hueco de mi cuello, mientras su lengua, caliente y voraz, trazaba un camino húmedo hasta mi clavícula. Los gruñidos que escapaban de su garganta eran la banda sonora de mi propia perdición.

Sus manos, esas manos bestiales que tanto me habían excitado en el baile, estrujaban mis muslos sin piedad, abriéndolos más y más. Sentí cómo se hundía de nuevo en mí, más profundo que antes, arrancándome un gemido de pura y salvaje entrega. Mis caderas se levantaron instintivamente para encontrarse con cada una de sus embestidas, mientras la cama gemía bajo el peso de nuestros cuerpos entrelazados.

La humedad de su lengua continuó su viaje desde mi cuello, bajando por mi pecho, deteniéndose a lamer mis pezones con una devoción voraz que me arrancó un arco de la espalda. Mis dedos se enredaron en su cabello oscuro, tirando de él con fuerza mientras su boca exploraba cada pliegue de mi piel. Me dominaba con cada movimiento de su cadera; cada empuje era saciante, una declaración de que esta noche él era mío.

De repente, todo se disolvió en un estallido de colores, como si el universo mismo se fragmentara en un millón de estrellas fugaces. Mi cuerpo se tensó en un arco: una descarga eléctrica recorriendo cada nervio, mientras un grito mudo se rompía en mi garganta. Sus propios gruñidos se volvieron más urgentes, más animales, hasta que finalmente se derramó en mí con un temblor profundo. Al final, su cuerpo rígido y pesado sobre el mío.

En ese momento de agotamiento, su silueta, proyectada por la luz de la luna contra la pared, era una sombra que devoraba la habitación, una bestia que me había consumido por completo. Bendita la escasa luz que me permitió ver sus ojos tras la máscara de lobo que nunca se quitó: oscuros y dominantes. Me entregué al sueño con la certeza de haber sido devorada por algo más que un hombre.

Britany Serralde estudia Creación Literaria en el plantel San Lorenzo Tezonco. Ella cree que el arte de escribir es la llave para abrir puertas a realidades que solo ella se atreve a soñar.



La Cosecha del Deseo

Britany Jaquelin Villegas Serralde

El aroma del café recién molido le traía gratos recuerdos a Elena. Ella disfrutaba de la sofisticación de su vida en la ciudad, pero bastaba ese aroma terroso para que las paredes de su apartamento se disolvieran, llevándola de regreso a las laderas húmedas de la montaña, cuando tenía 28 años y el mundo se sentía salvaje.

Cerró los ojos y recordó aquel sol de la tarde filtrándose entre las hojas verdes de los cafetos. Había ido al pueblo por un proyecto de fotografía, pero terminó cautivada por Sebastián, un joven de piel bronceada por jornadas de trabajo interminables y unas manos que se movían con una agilidad asombrosa entre las ramas. Él vació su canasto de mimbre con un movimiento fluido. Elena lo observaba a través del lente de su cámara, pero terminó bajándola; la realidad era mucho más vibrante que cualquier fotografía.

—Usted no es de aquí —dijo Sebastián, sin mirarla directamente, pero con una sonrisa ladeada que delataba que sabía que lo estaban observando.

—¿Se nota mucho, verdad? —respondió Elena, acercándose un paso—. Soy de la capital. Vine a capturar la esencia del campo.

Sebastián soltó una carcajada mientras se limpiaba el sudor de la frente con el antebrazo. —La esencia no se queda quieta en una foto; la esencia se ensucia las uñas y huele a fatiga —dijo, mientras dejaba el canasto en el suelo y se acercaba a ella.

Emanaba un calor natural, casi animal. Se detuvo lo suficientemente cerca como para que ella pudiera oler el aroma dulce de la cereza del café en sus manos.

—Apuesto a que nunca has sentido cómo late la montaña cuando va

a llover. —¿Y cómo late? —preguntó Elena, desafiándolo con la mirada.

Sebastián extendió su mano y, con una lentitud deliberada, rozó el cuello de Elena. Sus dedos eran toscos, pero el contacto fue eléctrico.

—Se pone muy pesada, más cuando viene la lluvia. Es como si la tierra tuviera ganas de algo que no puede decir, y peor aún cuando el agua toca el café caliente por el sol: el olor es embriagador.

En ese momento, el primer trueno retumbó en el valle y las primeras gotas, gruesas y tibias, empezaron a marcar la camisa de lino de Elena. Sebastián la tomó de la mano con un agarre firme y protector, y la guió hacia el cobertizo de madera.

El interior del cobertizo era una penumbra cálida, saturada por el aroma denso de los granos de café almacenados y por el polvo dulce del yute. Afuera, el mundo se había convertido en una cortina de agua blanca que golpeaba el techo con una violencia rítmica, creando una burbuja de aislamiento total.

Elena entró recuperando el aliento, con la blusa de lino pegada al cuerpo por la humedad. Sebastián cerró la puerta de madera, dejando el lugar en una semioscuridad; solo entraban unos rayos por las rendijas rotas de las paredes.

—Aquí no se va a mojar —dijo él, mientras se quitaba la playera sin alejarse.

Se quedó allí, de pie. El agua escurría por su cuello, deslizándose a su pecho y bajando a su abdomen, que revelaba la fuerza de su torso. Elena, atrapada entre el deseo y la sorpresa de su propia audacia, extendió la mano hacia él.

—Estás empapado —susurró ella, dejando que sus dedos tocaran el metal de la hebilla del cinturón de Sebastián, casi por accidente, antes de subir hacia su pecho.

Una mezcla de advertencia y entrega. Sebastián la tomó por la cintura con una fuerza que la dejó sin aire y la pegó contra la aspereza de los bultos de café.

—Le dije que el olor la iba a embriagar —murmuró él contra su oído, mientras su boca buscaba la línea de su cuello—. Pero creo que es a mí a quien se le está subiendo la sangre a la cabeza.

Elena arqueó la espalda cuando sintió las manos de Sebastián —esas manos de recolector, fuertes y seguras— subir por debajo de su blusa. El contraste era abrumador: el frío de la lluvia que aún quedaba en la piel de Sebastián y el calor abrasador que emanaba de su cuerpo. Él la besó con una urgencia que no pedía permiso. Fue un beso que sabía a tierra, a lluvia y a juventud indomable.

Ella enredó sus dedos en el cabello húmedo del joven, tirando de él hacia sí. Le gustaba la mujer en la que se convertía en la naturaleza. En ese momento, sobre los sacos de yute que cedían bajo ellos, Elena no pensaba en el futuro ni en su trabajo; solo existían el roce de la tela ruda contra su espalda, la presión de los músculos de Sebastián y ese aroma a café que, desde esa tarde, quedaría grabado a fuego en su memoria.

Elena aún podía sentir en su memoria la aspereza de las manos de Sebastián recorriendo sus muslos y la forma en que el deseo la había hecho olvidar quién era ella en la ciudad. En ese cobertizo, rodeada del perfume embriagador del café maduro, no era la fotógrafa intelectual: era simplemente una mujer vibrando bajo la pasión de un hombre que vivía al ritmo de la naturaleza.

Ella sonrió frente a su taza de café, dio un sorbo y, aunque el café ya estaba frío, su piel aún conservaba el rastro de aquel calor de hace 17 años. Ese joven recolector le había enseñado que la pasión más pura es aquella que se siente con la piel, sin pretensiones.

Britany Serralde estudia Creación Literaria en el plantel San Lorenzo Tezonco. Ella cree que el arte de escribir es la llave para abrir puertas a realidades que solo ella se atreve a soñar.



El mirón del callejón

Daniela Cortés Velázquez

No sé su nombre. Tengo recuerdos vagos de aquella noche de copas con los compañeros de trabajo. Celebrábamos el cumpleaños de Rosales en la cantina El Penacho de Moctezuma, ubicada en la colonia Guerrero. Esos treinta y cinco años me retumbaban en el oído: “casi somos de la misma edad”, me dije. Aunque, obviamente, soy más apuesto que Rosales.

Mi estatura de un metro ochenta, complexión delgada, cuerpo marcado por el ejercicio, tez bronceada y ojos cafés me hacían ver sumamente atractivo. La diferencia entre Rosales y yo es que él tiene esposa e hijos, y yo sólo tengo excesos, mujeres de paso y desveladas desenfrenadas. Eso me frustraba, pero a la vez me aliviaba: no estoy dispuesto a desperdiciar lo que me queda de juventud, me digo siempre. A los cuarenta veré qué hago de mi vida.

Después de algunos tragos, nos divertíamos de lo lindo; entre risas y baile, la vi. Ella se acercó a mi lugar. Era una mujer de ojos color miel, cabello ondulado negro hasta los hombros, curvas marcadas en un vestido ceñido verde olivo con escote que resaltaba sus pechos firmes. Usaba zapatillas del mismo tono que el vestido, que torneaban sus piernas largas y bronceadas. Me quedé impactado al verla; jamás había visto a una mujer como ella: tan perfecta, tan sensual, tan todo. Escuché su voz diciéndome:

—¡Invítame una copa, guapo!

Titubeé un poco al escucharla; las piernas me temblaban, se me erizaba la piel al ver sus senos casi al descubierto.

—¡Claro, preciosa! ¿Qué prefieres, una margarita o una paloma? —le dije. —Lo mismo que tú. ¿Qué tomas? —me respondió.

—Un whisky en las rocas.

—Eso está bien, me agrada. Te gustan las cosas fuertes; se ve que eres un hombre de buen gusto —me dijo, haciendo un gesto coqueto.

Le invité varios tragos y comenzamos una plática muy amena. Mis compañeros poco a poco se retiraron del lugar; no supe en qué momento me quedé solo con ella. Entre su coqueteo y risas, el lugar se fue quedando vacío. Éramos los últimos en la cantina. El mesero me dio la cuenta y nos pidió que nos retiráramos. Ella me tomó del brazo y nos fuimos a buscar mi auto. No puso resistencia en irse conmigo.

Eran las cuatro de la mañana y el sereno nos enfriaba el cuerpo. Pasamos a comprar una botella de tequila José Cuervo en una vinatería que estaba abierta, para seguir la fiesta en el auto. Entramos a un callejón oscuro y nos pasamos al asiento trasero. Entre sorbo y sorbo, miraba sus piernas entreabiertas y subía la mirada hacia sus pechos; se me antojaba chupar esos pezones firmes. Ella se reía con alguna tontería y mojaba sus labios, como induciéndome a besarla. Me guiñaba un ojo y luego pasaba su mano en mi entrepierna “accidentalmente”.

Sonreía pícaramente; los dos teníamos ganas de comernos a besos. Vimos que se aclaraba el día, ya casi en el último sorbo de la botella. La miré y puse mi mano en su pierna. Luego ella tomó mi mano y, poco a poco, la dirigió por debajo de su vestido para tocar su ropa interior húmeda. Le hice a un lado la poca tela de seda que le cubría su sexo e introduje mis dedos dentro de sus jugosos labios vaginales. Moví muy suavemente mis dedos, acercándome poco a poco a su clítoris; ella seguía empujando mi mano con la suya, hasta que introduje mis dedos índice y anular hasta el fondo de su rica vagina. Lo hice con movimientos lentos y luego más rápidos. Ella se contraía y gemía con ganas de que mis dedos le llegaran hasta el fondo. Con mi otra mano le tocaba los senos y presionaba sus pezones. Ella se inclinó hacia mí y bajó su escote más y más; no traía sostén, así que pude sacar uno de sus senos

y meterlo en mi boca. Lo succioné como si fuese un lactante.

Ella tocó mi miembro duro y grueso por encima del pantalón, lo desabotonó y bajó el cierre, metió su mano entre la abertura del bóxer y sacó mi verga; no le cabía en su pequeña y delicada mano. Nos besamos, casi devorándonos. Estábamos demasiado extasiados, excitados, hasta el punto de no notar que el sol ya pegaba en el vidrio. Entre jadeos y gemidos, no se distinguía el ruido del exterior. Ella se separó de mí, se subió el vestido y se sacó su ropa interior, luego me dijo:

—Recuéstate.

Se montó en mi pene erecto, haciendo movimientos circulares que la hacían retorcerse de placer, mientras yo la jalaba hacia mí apretando sus nalgas. El ajeteo en el carro era evidente; el espacio incómodo y reducido no importaba. Ya llegando al clímax, una sombra se notaba a un lado del vidrio: era el rostro de un indigente que nos miró todo el tiempo. Y nos dijo:

—Sígale, que no he terminado.

Ella gritó, asustando al tipo que nos miraba morbosamente; se me quitó de encima y se acomodó el vestido diciéndome:

—Vámonos, ya es de día; mi esposo ha de estar preocupado por mí.

Me acomodé la ropa y nos pasamos al asiento de adelante. La dejé cerca del metro Garibaldi. Nos despedimos con un apasionado beso. La vi alejarse y no supe más de ella. Ninguno preguntó su nombre ni algún dato referente. En algunas ocasiones regresé al lugar donde la conocí, pero nadie supo decirme quién era. Así que sólo me queda el recuerdo de aquella loca aventura de una noche.

Daniela es una mujer con iniciativa, disciplina y compromiso. Le gusta el trabajo colectivo y es apasionada por la escritura de cuentos y novelas. Cursa las carreras de Creación Literaria y Comunicación y Cultura en la UACM.



El secreto de Cindy y Alberto

Daniela Cortés Velázquez

Cindy es una chica de dieciocho años que se levanta muy temprano todos los días para ir a la universidad. Primero, se arregla el cabello frente al espejo, haciéndose un peinado sencillo y un maquillaje muy natural que le afina el rostro perfecto y resalta su piel de porcelana y sus ojos verde olivo. Se pone una falda rosa de cuadros y una camiseta con estampado de flores. Aparenta ser una chica reservada con un toque de inocencia. Por debajo de esa falda, usa unas pantaletas de encaje rojo muy sexys que hacen que sus glúteos luzcan perfectos a la vista de cualquier morbosos que pretenda ver más allá de la falda.

Ella camina por las calles contoneándose. Pasa y saluda a la señora de los abarrotes, mirando de reojo al chico que acomoda la mercancía. Le sonríe con picardía, humedece sus labios rojos llenos de gloss y sigue su camino hasta llegar a la escuela.

Sus compañeros la miran entrar al salón; ella acapara la mirada de todos. Las chicas la observan con recelo y murmuran entre ellas. Nadie la saluda. Ella toma asiento casi a un lado de la puerta. Suena la chicharra cuando el profesor de matemáticas da la orden de guardar silencio. Este cierra la puerta. Cindy lo mira fijamente, como si con la mirada lo desvistiera.

Él, un hombre de cuarenta y cinco años, atractivo, de cabello cano, complexión delgada y ojos café claro, mira a Cindy no como a una alumna, sino como a una mujer que le despierta su libido sexual. Cada vez que pasa por su lugar, observa la blusa ceñida de la chica que cubre sus senos firmes y se imagina la suavidad de su piel y la firmeza de sus pezones. Después baja la mirada, escaneando su marcada cinturilla y recorriéndola hasta imaginar

la jugosidad de su sexo y sus muslos perfectos. Luego se sonroja; Cindy le guiña un ojo y muerde sus labios como coqueteo. Los alumnos no se percatan del juego entre Cindy y el profesor.

Al salir de clases, el profesor de matemáticas se dirige al estacionamiento y se sube a su carro deportivo que, aunque no es un modelo reciente, atrae la mirada de las jovencitas de la universidad. Cindy camina por la banqueta y mira a todos lados. Llega a una esquina y espera cerca de la parada del microbús. El profesor la ve y toca el claxon; ella lo saluda con la mano. Él baja el vidrio con nerviosismo, se acerca a la chica y le dice: —¿Quieres que te dé un aventón a tu casa, preciosa?

—Disculpe, ¿me dijo algo? —preguntó Cindy.

—Que si te puedo llevar a algún lugar.

—No, gracias, profesor, no quiero molestar.

—No es molestia, lo hago con gusto.

Cindy sube al carro. Está nerviosa, se muerde los labios, su corazón palpita rápidamente. El profesor la ve de reojo y toma fuertemente la palanca de velocidades; está extasiado de tener a su lado a la mujer que tanto desea. Ambos se sienten atraídos por el deseo.

—¿Y cómo le va, profe? —pregunta Cindy.

—Bien, no me puedo quejar, pero no me digas profe, dime Alberto. Que no te dé pena. Cindy sonrío y le dice:

—Está bien, Alberto. Me puedes decir Cindy.

Alberto y Cindy no podían contenerse por el deseo. Alberto mira a Cindy y, al pretender tomar la palanca de velocidades, baja la mano hacia la pierna de ella. Cindy se sonroja y, ya en confianza, le dice:

—Si te parece, podemos ir a un lugar más cómodo y silencioso.

Alberto la mira y, sin decir nada, se desvía hacia un hotel de paso cerca de Tlalpan. Cindy se sube la falda y se acaricia los muslos. Ella sube la mano y se acaricia uno de sus senos. Alberto voltea discretamente y se seca el sudor que emana al estar excitado. Paga la entrada al motel y se mete al cajón que le asignan.

Estaciona el carro y baja el capote de la entrada con el control; está oscuro. Alberto se baja del carro y prende la luz que ilumina la escalera que se dirige a la entrada del cuarto. Cindy se baja del carro y sube las escaleras. Alberto le toma la cintura para entrar. Le besa el cuello y le desata el cabello; ella se voltea frente a él y lo besa de forma ansiosa. Alberto le desabotona la falda; esta cae y le cubre los pies. Él mira la ropa de encaje rojo de Cindy, quien está humedecida con sus fluidos. Le quita la blusa de flores y desabrocha el pequeño sostén. Alberto le acaricia los senos para después chuparlos con suavidad, succionando sus pezones. Cindy gime despacio; ella empuja a Alberto hacia la cama y se monta en su miembro grande y duro. Cindy se mueve despacio, besa a Alberto como si fuesen amantes de mucho tiempo. Alberto la sube y la baja hasta provocarle el primer orgasmo. Ella se moja y se mueve más y más rápido. Los fluidos de ambos se mezclan hasta estar empapados. Alberto la cambia de posición. Él recorre el cuerpo de Cindy lamiéndola poco a poco; ella cierra los ojos y abre más las piernas. Alberto lame el sexo de Cindy. Ella se mueve contrayendo sus labios vaginales, su clítoris palpita, ella gime más y más fuerte. Alberto la deja descansar un poco y luego ambos se reponen. El cuerpo joven de Cindy hace que Alberto se olvide de los años que él le lleva. Alberto se sube en Cindy y comienza nuevamente el contoneo; ella lo jala y él la besa entre cada jadeo. A punto de sentir que ambos van a explotar de placer, Alberto se recuesta y Cindy se levanta para luego bajar a meter el miembro erecto de Alberto en su boca. Cindy lo lengüetea para luego succionar sus jugos. Ella lo hace despacio y juguetea metiéndolo y sacándolo de su boca; luego lo succiona más fuerte hasta provocar una explosión de leche que le chorrea los labios. Ambos están tan satisfechos que se quedan recostados uno al lado del otro sin decir palabra.

Después de darse un baño, Cindy y Alberto se dan un beso apasionado y se visten para luego dirigirse nuevamente al carro y

salir de ese lugar. Alberto se despide de Cindy y la deja cerca de su casa. Él mira el asiento del copiloto y encuentra la ropa interior de Cindy y una nota que dice:

“Gracias por el aventón, profe. Ojalá se repita pronto”.

Alberto huele la pantaleta roja, suspira y sonrío; se mira en el retrovisor, mueve la cabeza y se limpia el sudor. Llama por teléfono a su esposa y le dice:

—Cariño, ya casi llego a casa.

—No te preocupes, cariño, aquí te espero —responde la esposa de Alberto.

A partir de ese día, Cindy y Alberto se ven a escondidas una vez a la semana, guardando el secreto de sus encuentros ocasionales.

Daniela es una mujer con iniciativa, disciplina y compromiso. Le gusta el trabajo colectivo y es apasionada por la escritura de cuentos y novelas. Cursa las carreras de Creación Literaria y Comunicación y Cultura en la UACM.

Anatomía del deseo

se terminó de imprimir en 2026,
en el Laboratorio de Comunicación Gráfica
del Plantel San Lorenzo Tezonco de la
Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Se imprimieron 30 ejemplares en papel Bond de 75 g.
Para su formación se utilizaron tipos de la familia Source Serif Variable,
diseñada por Berenice